

**LOS CHINOS
YA NO
DESPRECIAN
A LOS
TECNICOS
CAPITALISTAS
NI
RECHAZAN
LOS
CREDITOS
DE
OCCIDENTE**



El segundo encuentro Mao-Kissinger ha producido cuando menos dos resultados positivos. Por un lado, los americanos se proponen retirar progresivamente a los ocho mil seiscientos hombres que tienen actualmente en Formosa. Por otro, China y Estados Unidos van a intercambiar no embajadores, sino "misiones comerciales" a fin de oficializar el recién inaugurado deshielo. En la foto, Henry Kissinger, en una rueda de prensa ofrecida en la Casa Blanca, explica a los periodistas el alcance de las relaciones comerciales iniciadas entre China y los Estados Unidos.

¿DOLARES PARA PEKIN?

«El Presidente Mao ha escrito: "Tantas cosas que hacer, y siempre con urgencia. El mundo sigue. Pasa el tiempo. Diez mil años es demasiado. Apresa el día. Apresa la hora..."».

Así hablaba, hace un año, en Pekín, elegante y poético, un Richard Nixon con estilo. Entre el 21 y el 28 de febrero, el Presidente americano llevó a cabo en pleno corazón de la China roja la más ingente operación de deshielo político de toda la posguerra. Entre la conferencia internacional sobre Vietnam, el alto el fuego en Laos, el compromiso de Camboya y los intercambios de prisioneros en Hanoi y Saigón, uno tiende fácilmente a olvidar el aniversario de lo que el Presidente de Estados Unidos, a la sombra de la sonrisa aprobadora de Chu En-lai, calificara de «misión histórica».

El 17 de febrero de 1973 el propio Mao subrayó y recordó la importancia de aquel acontecimiento recibiendo, fuera de protocolo, en un salón de su residencia de Chung Nan-hai, en Pekín, a Henry Kissinger y a uno de sus ayudantes, Winston Lord. Mao rogó a Kissinger que transmitiese sus «saludos» al jefe de la Casa Blanca.

El segundo encuentro Mao-Kissinger ha producido cuando menos dos resultados positivos. Por un lado, los americanos se proponen retirar progresivamente a los 8.600 hombres que tienen actualmente en Formosa. Por otro, China y Estados Unidos van a intercambiar no embajadores, sino «misiones comerciales» a fin de oficializar el recién inaugurado deshielo.

Para los delegados chinos en Washington, descubrir las líneas de fuerza de la economía americana

será tarea fácil. Sus homólogos americanos en Pekín tendrán, por el contrario, mucho más trabajo.

La mayoría de los observadores occidentales tienen la impresión de que los dirigentes chinos han decidido, con la anuencia de Mao, aplicar una auténtica NEP. Esta nueva política económica sería equidistante del «espontaneísmo» y del dirigismo staliniano. «Hay actualmente menos retratos de Stalin que el año pasado», nos dice un hombre de negocios francés. No es que se vaya a cometer el sacrilegio de poner en tela de juicio tanto el colectivismo como la planificación: habrá, eso sí, en todos los sectores, mucha más flexibilidad, un mayor «realismo pragmático», como dicen los sinólogos americanos. Lo que sí es cierto es que los chinos, obsesionados sobre todo por su rusofobia («el peligro ruso» es un cliché de su vocabulario diplomático), quieren convertir a su país en una gran potencia olvidando un poco la fiebre de la revolución mundial por venir. «Sabemos que somos todavía un país subdesarrollado», admitía recientemente Chu En-lai frente a un grupo de industriales japoneses. «Pero —añadía—, con su sonrisa encantadora de siempre, un país de ochocientos millones de habitantes que ha puesto en órbita un satélite en abril de 1970. No nos faltan técnicos excelentes en la metalurgia, la química y la electrónica».

Desde 1959 no se había publicado en China ninguna estadística global, ni verdadera ni falsa. Inesperadamente, en 1971, Chu En-lai afirma que se han exagerado las cifras relativas a la cosecha de cereales del año anterior. Los exper-

tos chinos afirman que en 1972, la cosecha de cereales ha sido de doscientos cuarenta millones de toneladas. Sus homólogos occidentales opinan que estas cifras son exactas. ¡Gran novedad esta!

Los chinos afirman: «Nuestra economía camina sobre dos patas: la agricultura y la industria».

«El equipo de producción», la aldea, conserva su poder de autodeterminación. Durante la revolución cultural algunos izquierdistas llegaron a proponer la supresión completa de los pequeños lotes de terreno particulares, los pollos y cerdos de las familias; ahora, por el contrario, no sólo se tolera, sino que se fomenta la existencia de un mercado libre. La filosofía de las comunas ha caído en el olvido igual que la práctica —desastrosa— del alto horno de aldeas. Mao hablaba de las «fuerzas latentes, ocultas» en el pueblo y, sobre todo, entre los campesinos. Ahora se apela, por el contrario, a las motivaciones materiales, igualmente «latentes». La remuneración está de acuerdo con el trabajo desempeñado, lo mismo en los campos que en la fábrica. Chu En-lai reconoce que la producción agraria en 1972 no ha dado los resultados apetecidos: se ha producido una baja del 4 por 100. Si se tiene en cuenta un aumento de la población del 2 por 100, la regresión relativa ha sido de un 6. El principal problema con que se enfrenta la agricultura china es el de los abonos. China debería ser autosuficiente en este terreno para 1975.

En China se está creando la infraestructura de un país moderno: después de las carreteras y los ferrocarriles, la aviación. Dan fe de

ello los contratos firmados con la Berliet y la Boeing, los pedidos de VC 10. Las opciones sobre los «Concorde» no son simples gestos políticos. Los chinos quieren «apresar el día», «apresar el instante». Para ello no tienen reparo alguno en recurrir no sólo a técnicos extranjeros, sino también a créditos capitalistas. Ya han anunciado la compra de «fábricas llave en mano» en Francia y Alemania, así como la adquisición de millones de tractores japoneses. Los chinos constituyen excelentes clientes: son serios, cumplen rigurosamente los plazos y tienen además una enorme capacidad de absorción. Todo esto interesa evidentemente a los occidentales.

Dentro de unos años, China podría convertirse en una gran nación exportadora. Podría fabricar lo que Japón lanzara al mundo en la década de los cincuenta: quincallería, aparatos de radio, productos de plástico. Conseguiría superar en este terreno las realizaciones de Corea del Sur, Hong-Kong, Formosa, etcétera.

En las distintas capitales del mundo occidental, los agregados comerciales chinos llevan a cabo sondeos relativos a posibles importaciones masivas de bienes de equipo.

Lo mismo Pekín que Washington se niegan a revelar si Kissinger habló con Chu En-lai de préstamos americanos a la China. (Ni siquiera con Mao se hablan de estas cosas...) Pero después de los japoneses, ¿quién podría y tendría más interés en ayudar a los chinos que los norteamericanos? Las tentaciones e implicaciones son a todas luces múltiples... ■ OLIVIER TODD.